

La Lectura



Popular

PUBLICACIÓN QUINCENAL DEDICADA A LAS CLASES TRABAJADORAS

HEROES Y VICTIMAS

DIARIO DE UN REPORTER

Nogi ha cumplido su palabra apoderándose de la imponente plaza de Port-Arthur en la fiesta del año nuevo. Es el regalo que había ofrecido hacer á la patria en conmemoración de la feliz entrada de 1905.

El sitio y toma de Por-Arthur pasarán á la historia como una de las mayores hecatombes guerreras que ha ofrecido en el largo curso de los tiempos y de las épocas esa implacable musa que escribe las páginas de su tremendo libro con sangre y lágrimas de barbarie humana. Port-Arthur es hoy un montón de ruinas que cubre los despedazados cuerpos de cincuenta, de ochenta ó de cien mil hombres, sacrificados al fantasma del honor militar de dos naciones que han enterrado allí sus hijos para ofrecer á las generaciones futuras un ejemplo de ese llamado «heroísmo», que ojalá no imite nadie y la recta razón condena, execra y abomina, sin que haya argumento bastante fuerte para disculparlo jamás.

Stoessel y Nogi habrán salvado cada uno por su parte, su honor de soldados. Las dos naciones á que pertenecen estos héroes de la barbarie, deben llorar la matanza estúpida, inútil y vergonzosa, de cien mil hombres sanos y fuertes, que ciertamente tenían derecho á vivir tranquilos sin estar obligados á sacrificarse por el orgullo y la maldad de los demás.

Entristézcanse las multitudes de Moscú y San Petesburgo. Celebren públicos regocijos los japoneses de Tokio y Yokohama. Ni unas ni otras manifestaciones podrán variar la esencia y significación de la terrible lección que para la humanidad ofrecen las arruinadas fortalezas de Port Arthur, sus fosos llenos de sangre y de miembros despedazados, sus glasis sembrados de cadáveres insepultos, sus famé-

licas turbas huyendo de la matanza y del incendio bajo las bayonetas del vencedor sus hospitales atestados de heridos, de enfermos, de apestados, de moribundos.

La humanidad acabó por comprender que la guerra es el peor de los azotes con que nos instiga nuestra propia ignorancia. Y el día en que esté convencida de ello arrojará al mar sus terribles armas de destrucción, dismantelará sus castillos, sus fuertes, sus reductos, dispersará los rebalios de sus ejércitos armados y no volveremos á oír hablar por los siglos de los siglos, de heroicidades guerreras, sitios, hambres, batallas, carnicerías de hombres, destrucción de ciudades y generales victoriosos ó venidos, más admirados cuanto más sangrientos, más heroicos cuanto más bárbaros.

Y se quedará el laurel para adornar los campos solitarios ó para sazonar los estofados de ternera, que es, no lo duden ustedes, para lo que fué creado.

LA GOLONDRINA

Erase que se era una golondrina.

Nada más alegre que las golondrinas. Mas aún, son de lo poco alegre que hay en el Universo. Porque al Cosmos le falta tiempo para reír, ocupado casi exclusivamente en cosas augustas y solemnes. Además, hállase bastante fatigado de las alegrías innobles de los hombres, que en estado de gozo enseguida aparecen groseros y alborotadores.

Pero al ponerse bueno el tiempo no puede reprimir una exclamación de gozo. Siéntese rejuvenecida y prorrumpe en el hermoso gorjeo de las golondrinas.

Cuando oigais á las golondrinas, levantad los ojos. Veréis los arboles de un color verde claro, y el cielo de un azul claro, y os darán ganas de saludar y de danzar, y de saltar y de reír y de tirar el azadón si sois labradores, la pluma si sois oficinistas, é ir saltando y danzando mientras haya aquel verde y aquel azul tan extraordinarios.

La golondrina de quien os hablaba era de lo más alegre. Había corrido mucho mun-

do y tenía larga experiencia de la vida; nada instruye tanto como los viajes. Tenía unos ojos vivos como dos centellas, alas negras y largas—elegantísimas—y el cuello como un copo de nieve.

Tanta fama tenía de sesuda, que las golondrinas la delegaron para una reunión extraordinaria de animales de todas clases, que iba encaminada á protestar contra los sacrificios á que estaban acostumbrados los hombres de todo el mundo.

—Que sacrifique únicamente á sus semejantes—dijo una tierna ternera,—pero nosotros, mezquinos, nada tenemos que ver con las iras de los hombres.

Si,—dijo un cordero, es menester que nos aliemos; en unos países sacrifican unas especies de animales; en otros países sacrifican otras muy distintas. Si todos reunimos nuestros esfuerzos, quizás alcancemos algún provecho. Pero, sobre todo, orden y solidaridad.

—El cordero predica orden—dijo el toro,—pero hay que apelar á la violencia. El que no dá, recibe.

—Hay que filosofar un poco—aconsejó el mochuelo calándose las antiparras.—La cédula social....

—¿Quiere V. un vaso de agua? dijo la rana.

Pero la golondrina les interrumpió á todos.

—Señores, me parece que es inútil luchar con los hombres. Además, no nos matan por crueldad; es por el contrario, por virtud. Yo conozco bien a los hombres. Para librarnos necesitaríamos una renovación universal. Es verdad que hoy las columnas de humo cruento nos parecen perfectamente inútiles, pero ellos tienen la idea vaga de una ley de expiación, y por todo el mundo está extendida la costumbre del derramamiento de sangre.

Al oír estas palabras, el toro empezó á bramar furiosamente, los monos empezaron á tirar piedras, los elefantes á levantar la trompa, las fieras del desierto á ahullar... La pobre golondrina tuvo que huir de prisa y corriendo.

Convencida de la inutilidad de la resistencia de las bestias á la ferocidad del hombre, la golondrina volaba triste bajando el pico melancólicamente.

Y volaba, volaba...

Era un día magnífico; el sol anegaba de luz todas las cosas; una fresca brisa acariciaba los verdes reloñales; el mar sonreía dulcemente y resplandecían en el espacio diminutas partículas de piedras preciosas.

Al fin la golondrina llegó á una ciudad.

La golondrina, como experta viajera, tenía la costumbre de visitar los monumentos más notables de los pueblos que recorría. Fijóse, pues, en el edificio principal y hacia él se encaminó.

Enseguida comprendió la golondrina que se trataba de un templo.

Los detalles arquitectónicos del exterior le gustaron mucho y fué siguiendo una á una puerta y demás aberturas. Súbitamente se detuvo delante de una ventana.

Aquella ventana daba luz á un gran salón lleno de ancianos venerables que hablaban reposadamente; tosían con gran discreción y se acariciaban las barbas cascadeantes. Enseguida se comprendía que eran sabios.

Entre ellos había un niño.

Y decía un doctor glosador y comentador eruditísimo:

—Creo, como mis compañeros, que el Mesías conquistará la tierra y abrasará á los enemigos con llamas de venganza y destrucción. Y el nombre de Israel será exaltado sobre todos los pueblos.

Pero el Niño dijo con voz dulcísima:

El reinado del Mesías será de paz y de amor, y vendrá por una vía toda suave, toda abierta y perfumada. Las legiones serán de niños, de mujeres y de sencillos; las armas serán la oración y el dolor. No herirán los cuerpos de los demás, sino sus propios cuerpos. No esclavizarán á los enemigos, sino cada uno á sí mismo por amor y misericordia de los enemigos. El fuego de la Nueva Ley reavivará y no quemará, y una corriente de inefable suavidad será mensajera entre Dios y los hombres.

Y dijo el doctor glosador y comentador eruditísimo:

—Pero esto es contrario á la Ley. La Ley que prescribe inmolaciones y derramamientos de sangre, que son agradables á Jehová. Y el pueblo de Dios ha estado cien veces en lucha con los idólatras, y con armas muy temporales, con la mortífera espada y el escudo y la lanza.

Y todos los sabios glosadores y comentadores daban muestras de aprobación.

Contestó el Niño:

—La lluvia, y el viento, y la nieve caen en invierno sobre la tierra. Toda suerte de desolación descienden sobre las criaturas. Los árboles se desnudan, los campos se secan, el cielo se enturbia. Pero la lluvia suaviza los terruños, el viento lleva de una á otra parte innumerables gérmenes, y la nieve guarda amorosamente la semilla que duerme en el seno de la tierra. Y todo el invierno es como una larga y dolorosa preparación, de la clara y radiante primavera. Y cuando la primavera llega, los árboles re-

toñan, los campos se cubren de flores y el cielo se serena, gracias á la lluvia, al viento y á la nieve. Pues yo os digo que se abre una nueva era, que cielos y tierra se postran para recibir una Ley de amor, y que la primavera de la humanidad, muerta con la culpa de Adán, es reavivada, y su esplendor deslumbrará á los ángeles. Y será derribada la muerte, y la vida serena y venturosa recobrará su imperio.

Entonces la golondrina, con hondísima emoción, penetró en la cámara con gorjeos de alegría. El cielo sonreía y los árboles se agitaban gozosamente.

Y Jesús repetía:

—En verdad os digo que cielo y tierra se postran para recibir una Ley de amor. Regocijáos todos en el Señor, porque la plenitud de los tiempos ha llegado. Bendito el que como la golondrina vuela y se alegre con simplicidad de corazón y con humildad sincera. ¡Porque él gozará y comentará el Libro de la Vida por los siglos de los siglos!

José Carner.

SECCION INSTRUCTIVA

Carta de ultra-tumba

(DE M. WALDEK-ROUSEAU

A M. COMBES)

Mi querido Combes; Ya estoy en el otro mundo, y quiero que recibas el aviso de un muerto para que abras los ojos y vuelvas los pasos atrás, y dejes ese camino de perdición en que me has seguido, arrastrado como yo por el espíritu de la judería y por el ambisioso deseo de mando.

Lo que pasa en estas regiones de la eternidad no te lo puedo explicar con palabras humanas, ni los mortales podéis comprenderlo. Me entenderás sin embargo al decirte que en esta otra vida se halla el último destino del hombre.

Conozco ya experimentalmente lo que la Religión enseña en sus dogmas trascendentales. Nací como tú de padres católicos; y eclesiásticos fueron como los tuyos mis primeros maestros: más á pesar de ser bretón y de respirar el ambiente católico de Nantes mi patria, desde que mi ambición me lanzó como a tí á la mal sana política de Francia, y me senté como diputado en el palacio de Borbon, en los bancos de la Unión republicana, eché en profundo olvido mis primeras ideas religiosas. Quise pensar, como piensas tú, que el paradero de un ser racional y libre podía ser el caos de la nada: pero la verdad es que al pretender apoyar mis ideas materialistas en las de nuestros filósofos libre pensadores, siempre juzgaba ser cosa más razonable y más conforme á la justicia un estado

eterno de ultra-tumba en que hubiese la recompensa de la virtud y el castigo del crimen que faltan sobre la tierra.

Esta íntima persuasión fué la causa secretísima de ciertas enormes contradicciones que observaste en mi gobierno. No pude gobernar como ateo, porque no lo era: á lo más llegué á dudar como Voltaire: y así en el ministerio de Gambeta como en el gabinete de Julio Ferry, y sobre todo en los tres años de mi funesta presidencia del Consejo de ministros, siempre obré el mal por criminales condescendencias, y al propio tiempo con insensata presunción de conjurarle ó disminuirlo. Permití que se desplegasen cuatrocientas banderas rojas, confiando que podría volverlas á meter cuando quisiese en sus fundas; herí de muerte la enseñanza secundaria, juzgando que podría salvar la primaria; perseguí y procesé injustamente ante un tribunal de excepción á ciudadanos pacíficos é inocentes, imaginando poder reprimir mayores escándalos judiciales; arrojé de Francia varias Congregaciones religiosas, creyendo poder evitar que ninguna monja padeciese por ello daño alguno; prohibí la confesión y la predicación, pensando dejar al clero secular la dirección de las conciencias, y desencadené la guerra religiosa, autorizando una campaña de calumnias y actos violentos, prometiéndome agua suficiente para extinguir despues el incendio. Tales fueron los cálculos de mi política liberal y anticlerical como lo manifesté en el Senado al denunciar las brutales aplicaciones que hacías tú de la ley contra las Sociedades religiosas.

Por detestar semejantes consecuencias, me volvieron las espaldas los que me debían sus asientos en el Parlamento, me maldijeron los amigos y enemigos y te escogieron á tí como mejor instrumento, para consumir la obra de su perfidia.

No me es permitido decirte una palabra acerca de mi destino en la eternidad: Dios quiere ocultar el paradero de las almas en los abismos de sus más profundos misterios.

Si los descubriese á los mortales un horrendo temor les haría obrar como esclavos. El Hacedor de los seres libres prefiere que con grande libertad puedan merecer ó desmerecer y ha dejado en las manos del hombre hasta su suerte ó desdicha eterna. Mientras vives en la tierra puedes salvarte: acá no hay esperanza. El justo y el criminal se hallan ya en su estado definitivo y perpetuo. Nada puedes saber de mí: lo que puedo decirte es que aquellas mis obras fueron muy malas y que las tuyas son todavía peores.

Yo fui el gran criminal que inició la obra pésima que tú prosigues, pero tú la llevas á los extremos del más sacrilego despotismo.

¡Qué enorme responsabilidad pesa ya sobre tí! Al hacerte vil instrumento del judaísmo y de la masonería, no has venido á ser otra cosa que el verdugo de la patria. ¡Qué de puñaladas le has dado ya en el pecho! El triunfo del error y del libertinaje, la prevaricación en los tribunales, la niñez entregada á los lobos, la juventud arrojada al cieno de los vicios, el ejército indisciplinado, la moralidad desterrada de la vida pública y de la vida privada, la inocencia perseguida, la virtud castigada, el heroísmo vilipendiado, la propiedad insegura, y la anarquía rugiendo ya en las fronteras de la patria.... Estas son tus obras, próximas ya á ser coronadas con la denuncia del Concordato y la ruptura con Roma.

¡Cuántas almas de franceses has arrojado á los abismos de su ruina temporal y eternal! Grande contribución está pagando á los infiernos esa pobre Francia escandalizada por tus exorbitantes excesos. ¡Ah, si oyese las maldiciones que vomitan contra tí millares y millares de réprobos que por su culpa y por la tuya han perecido! ¡Ah, si vieses cómo padecen desesperadamente en aquellos tormentos inefables á que han sido condenados por la Justicia rectísima del Omnipotente ofendidol ¡Ah, si entendieses cómo pagan en aquella cárcel de Dios los satánicos alardes de rebelión, en aquellas espantosas tinieblas el insensato desprecio de las luces divinas, y en aquellos braseros eternos los placeres de su libertinaje brutal! ¡Ah, si vieses á los pies de los demonios, las almas de muchos personajes ambiciosos como tú que figuraron en las alturas del poder como dioses de Francia!

Teme, pues, la soberana Justicia del Todopoderoso, despierta de esa embriaguez que te causa tu desapoderada ambición, y escucha las voces que te dé tu propia conciencia. No quieras ser el asesino de tu patria. Cesa de afligir á los buenos, á los inocentes, á los pobres, á los niños, á los religiosos, á los más santos sacerdotes, y á la gente mejor de la nación.

No merece ser Francia el escándalo del mundo. La Religión que persigues es divina: no podrás acabar con ella: ella es la que acabará contigo como ha acabado con todos sus perseguidores. Acuérdate de lo que dijo Monsieur Thiers: El que come carne de sacerdote revienta. No está lejos el día de tu humillación y de tu caída. Todas las naciones que deploran los males que acarreas á la patria se mo-

farán de tí cuando vean el castigo de tu demencia, y ¡ay de tí si te sobrecoge la muerte en tu presente embriaguez! Despertarás en el fuego infernal, y la ira de Dios castigará tu sacrilego despotismo entregándote para siempre á la cruel tiranía del príncipe de los demonios.

Francisco de P. Morell, S. J.

Hojitas Populares.

Billete para ir al Cielo,

O la seguridad de alcanzarlo por medio de la Santa Virtud de la paciencia en la enfermedad.

Lo tengo ese billete de entrada para el eterno descanso de la gloria, lo tengo, si sé utilizarlo, en la dolorosa prueba de la enfermedad á que me somete la mano amorosa de Dios Nuestro Señor.

Alcanzadme la gracia, Virgen Santísima de que sepa apreciarlo en lo que vale, para que no se malogren en mí, por culpa mía, sus frutos de salvación.

Jesús al alma: La enfermedad es el crisol en que se purifican mis siervos más privilegiados; es la escuela donde les enseño á hacerse santos con mayor facilidad; es el horno donde se consume y disuelve todo amor propio; es la espada de salud que desprende al alma del mundo y de sus locuras; es el ascensor que más prontamente eleva los corazones al cielo. Todo esto se logra en la enfermedad, sólo que se la sobrelleve con paciencia por amor de Dios.

¡Paciencia hoy, que mi voluntad soberana te somete por tu bien á esta dolorosa prueba! ¡Mañana será lo que Yo disponga de ti, pero también solamente en provecho tuyo y para tu eterna felicidad!

Como pasó el día de ayer, que ya no existe, así pasará la hora presente con sus amarguras. De ellas sólo quedará el mérito de haber sabido sufrirlas con cristiana paciencia. ¿Qué es el día de hoy? Lo que fué el de ayer... sombra y nada que en un instante pasaron. Pero lo que en él se haya ganado en la paciencia, eso permanecerá firme por toda la eternidad.

El alma a Jesús: ¡Oh dulcísima y amorosísima voluntad de mi Dios y Señor, que tenéis mi cuerpo enclavado en este lecho de dolores, como el vuestro inocentísimo lo estuvo en la cruz, por mis pecados y por mi amor! Seais eternamente bendito, alabado y agradecido por todo lo que en favor mío disponéis y ordenáis. Cúmplase ella en mí en todo y a todas horas, hoy y siempre, con la más rendida y absoluta resignación.

¡Oh cielo! ¡Oh patria, único objeto de mis esperanzas! ¡Cómo veo aproximarnos y poneros más al alcance de mis manos á medida que á vosotros me acerca la tribulación! ¡Oh

breve padecer! ¡Oh suaves espinas del destierro! ¡Oh deliciosas amarguras de la tribulación! ¡Con vosotras, como con joyas y piedras preciosas, voy á adquirirme el derecho á la feliz inmortalidad!

¡Dios y Señor mío, dadme de esas joyas y piedras preciosas con que comprar vuestro cielo! ¡Dadme las en todo lo que queráis, como lo queráis, cuando lo queráis y hasta donde queráis!

Guardad este billetito en sitio donde podáis verlo con frecuencia, leedlo y releedlo y meditadlo cuando os acongojen las tristezas de la enfermedad.

X.

EL APRENDIZ DE SANTO

Este era un mozo de cordel de Roma, no mal cristiano, bastante infeliz, regular bebedor, y tan forzado, que podía tirar de un carro. Siempre de guardia en la esquina de la plaza, con su esportilla para lo que pudiera ocurrir á los parroquianos; la gente del barrio le conocía por el *Esportillero*.

No iba tan amenudo á la iglesia, quizás, como debiera; pero un día entró, por ser la fiesta de Todos los Santos, determinado á rezar por el alma de su madre, que le había criado en el santo temor de Dios. Justamente un sacerdote subió al púlpito mientras él rezaba: aquel sacerdote era San Felipe de Neri.

El Santo habló de lo necesario que nos es la santidad, y repitió diez veces, que «para morir santamente es preciso aprender á ser santo y vivir como santo.» El Esportillero aprendió de memoria la frasecilla, salió repitiéndola de la iglesia, y no pudo olvidarla en todo el día: le asaltaba en la esquina, cuando caminaba con la carga, en sueños, y hasta en el banco de la taberna: *Para morir como santo, hay que aprender á ser santo y vivir como santo.*

Y cansado de tanto cavilar, se resolvió á ponerse de aprendiz del nuevo oficio, creyendo que no le tendría nada que envidiar al oficio de esportillero, y se fué á casa del predicador, que vivía en la casa del Oratorio.

Cuando se vió delante de él, exclamó con sencillez:

—Mi amo, aquí vengo á ver si me merced me quiere enseñar el oficio de Santo.

—Le han engañado, amigo mío,—respondió aquél: todavía no soy santo, si no pobre pecador.

—¿Pues no es su merced D. Felipe de Neri?

—Eso sí es verdad, me llamo Felipe de Neri.

—Entonces es vuestra merced el hombre santo que yo digo. ¿Qué hay que hacer para serlo?

San Felipe meditó un instante, conmovido de tanto candor, consultó al Señor, y mirándole cariñosamente, le dijo:

—Dime, buen amigo, ¿sabes leer?

—De corrido, de corrido no señor, como aquel que dice; pero con algunos tropezones ya calo lo que está escrito.

—Pues bien,—continuó el Santo, aquí tienes este libro: lee nada más que cuatro renglones trata de aprenderlos bien, y vuelve dentro de ocho días.

—¿Y con eso saldré oficial?

—Si los practicas bien creo que sí. Corriente. Hasta la vista y gracias.

A los ocho días vuelve el esportillero.

—¿Ola, amigo! ¿aprendiste los cuatro renglones?—le pregunta el Santo.

—¡Aprenderlos, aprenderlos! La dificultad no está en aprenderlos, contestó el buen Esportillero.

—¿Pues en qué?

—Toma, en hacer lo que mandan. Por saberlos, bien de corrido que lo sé. Oiga su merced y verá. Amarás á tu Dios, le adorarás con reverencia y perderás todas las cosas antes que ofenderle. No jurarás en vano su Santo Nombre, ni blasfemarás. Santificarás las fiestas, oiras misa entera....

—Está bien, hombre. Tienes buena memoria....

—Lo que es por memoria... «No harás daño al prójimo, ni te achisparás, ni...»

—Basta, basta, y... al grano ¿Has hecho lo que mandan esos cuatro renglones?

—¡Ay, señor! Me costaba cada día más que arrancarme una muela; pero al fin y al cabo, lo he hecho como lo reza el libro.

—Hombre, para ser aprendiz bien empiezas; como sigas así, arremetiendo con lo que el libro dice, te armas y sales un buen oficial, Dios mediante.

—Lo que es por mí no quedará.

—Ea, pues, échate al colete estos otros cuatro rengloncitos, y hasta dentro de ocho días. Vamos valor y confianza en Dios.

A los ocho días ya no vino el Esportillero. San Felipe empezó á inquietarse, y á rogar á Dios por aquel bendito y sencillo ganapán.

—Pasaron ocho días más, y luego quince y el mozo de cordel no parecía. San Felipe, que le había cobrado afición, no esperaba volver á ver más. «En medio

de todo, pensaba el Santo, el pobre empezó bien; pero sin duda se ha acobardado y echado á pasear el libro, los cuatro renglones y el oficio nuevo, que ya tiene cuatro bemoles.»

De repente escucha paso estrepitosos en el corredor, como si pasara un carro, y oye que llaman á su puerta.

Era el esportillero, pero el Santo no le conoció al principio. Arrastraba su cuerpo trabajosamente apoyado en un palo, y llevaba debajo de la barba un pañuelo de yerbas anudado en lo alto del cogote. Sobre el pañuelo asomaba los carrillos amoratados, heridos, cicatrizados. En la nariz lucía dos ó tres chirlos, su frente era todo un cónclave de cardenales.

—¿Qué te ha pasado, hijo mío,—exclamó San Felipe, asustado, —y quién te ha puesto así?

—¡Vaya Vuestra merced, como el que dice: el caso es muy sencillo. Iba yo cargado con mi esportilla por la calle de Albano, cuando héte aquí que encuentro de frente un coche con dos caballos. Los animales, al ver mi esportilla cargada, se se espantan, se encabritan y dan al traste con el carruaje. Un señorito que guiaba se levanta, se encara con migo, y furioso, me derriba con carga y todo me revuelca en el barro y me apalea durante diez minutos. ¡Ah señor! Aquel caballero era para mí un alféique, y si yo hubiera querido agarrarle por la pretina, le hubiera podido aplastar de un coscorrón, como se quiebra un mal cacharro contra las piedras. Aquí están mis puños, que no me dejarán mentir, y que más de una vez han levantado en vilo una carga de cebada. ¿Tentó yo la culpa de que mi esportilla hubiese espantado sus caballos? ¿No gano yo mi vida con la esportilla? Tentaciones me dieron de acogotarlo, pero acordéme de los cuatro renglones que iba yo repitiendo: «No volverás mal por mal, haz bien á tus enemigos, pon la mejilla derecha si te pegan en la izquierda» y tragué saliva. No tuve que ponerle la mejilla, porque él me las buscó, y me las puso inchadas como un pan, Calléme, señor, como un mudo y recogí la carga cuando el otro se marchó. ¿He cumplido con lo que el libro reza? Corrijame la plana, mi amo, si he faltado que no he podido venir antes, porque ahora mesmo salgo del Santo Hospital, donde me he estado curando tres semanas.»

San Felipe, enternecido, admirado de tanto heroísmo, unido á tanta simplicidad, abrazó con lágrimas en los ojos al Esportillero, le ofreció curarle, y le propuso que se quedara en su compañía, pa-

re ser religioso como él, con lo cual acabaría de aprender el oficio de santo.

El Esportillero, lleno de agradecimiento, se echó á llorar, y se arrodilló á los pies de San Felipe, espantado de aquella proposición, de que se creía indigno. Aquellos dos hombres, el maestro y el aprendiz, no se separaron más.

El Esportillero llegó á ser lego del Oratorio, y edificaba á todos por su humildad, su obediencia y su fervor.

Había querido aprender el oficio de Santo, y Dios le había facilitado el camino. A los veinte años de tener un número de obras buenas y en honor de su santidad.

De *El Promotor* (Plasencia),

BIBLIOGRAFIA

LECTURAS POPULARES

6.ª COLECCION

Desde hoy queda puesta á la venta la 6.ª colección de cuentos artículos y diálogos originales de D. Adolfo Clavarana.

Precio 1 peseta cada uno franco de porte.

Tomando doce ejemplares se regalará uno.

No se responde de los paquetes no certificados ni se servirán los pedidos que no vengan precisamente acompañados de su importe y del valor del certificado si se desea esta garantía.

LA LECTURA POPULAR

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

Cada acción da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. Se manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Una acción . . .	4 pesetas mensuales
Media id.	2 » »
Un cuarto id. . . .	1 » »
Un octavo id. . . .	0'50 » »

Por medio de corresponsal 25 céntimos más por acción mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de *La Semana Católica*, nº 16 6, principal.